

y de benéficos resultados para la industria, el comercio, la alimentación ó la medicina; pero es enemigo de asuntos triviales: lo que sienta como verdad lo ha comprobado por la práctica de laboratorio. No es, como se dice en lenguaje familiar, de los que hablan de memoria. Por personas que lo conocieron y por algunos de los muy pocos discípulos que aún quedan de los que asistieron á sus clases, he sabido practicaba veinte veces cada operación, siempre con gran maestría, y la media de los veinte resultados que obtenía era lo que consignaba en sus escritos como resultado final. Para ello empleó los mejores métodos, y los resultados en cifras que obtuvo son hasta hoy aceptables.

La falta de elementos de laboratorio, que en su tiempo se hizo sentir grandemente en el país, le impidió hacer muchos más estudios que, por haberlo oído de boca de uno de sus discípulos predilectos, me consta que deseó y que procuró emprender, y que no llevó á cabo por habérselo impedido las referidas dificultades, y esto que fué notoria su habilidad para suplir los útiles que no le era posible obtener en el comercio; pero si esos elementos no le hubieran faltado, le deberíamos ahora, repito, más y muy importantes trabajos, como la valorización del ázoe, que aquellos señores no pudieron entonces ejecutar y que mucho ha practicado ahora el Sr. Lucio y hasta ha creado métodos propios. Sin embargo, lo que Río de la Loza hizo lo dejó y lo dejará siempre bien acreditado como hábil manipulador y químico original, exacto y concienzudo.

En sus discursos se ve al hombre reflexivo, sólido, tranquilo hasta en su manera de atacar, cortés en la defensa, enemigo de trivialidades y de ocupar la atención de sus oyentes con simples juegos de palabras.

En sus informes da á conocer cómo tomaba á pechos, como el mayor de sus deberes, el cumplimiento de cualquiera comisión que se le confiaba. Verídico en sumo grado, nunca se le ve ocultar verdades por dolorosas que fueran, y perseguía en todo con sus consejos el bien general y la mejora de cuanto estuvo en sus manos. Revela haber poseído el dón de prudencia, proponiendo siempre al gobierno ó á la sociedad remedios factibles, como conocedor que era de sus tiempos; y constante, con una envidiable constancia, se le ve luchar años enteros contra toda clase de obstáculos hasta conservar la vida de la Escuela de Agricultura, por lo que ese plantel le es deudor de una